

059. Amor y estabilidad

No sé a qué atenerme, pero lo que voy a contar para comenzar nuestro mensaje de hoy lo trae Bossuet, Obispo y el más grande orador de Francia, como una historia digna de crédito. El caso dice que sucedió en los días de San Martín de Tours, allá en el siglo cuarto.

Aquel hombre y aquella mujer, dos personas muy distinguidas y de la más alta nobleza, se unieron en matrimonio ante la Iglesia. Eran magníficos cristianos, y se propusieron el uno y la otra:

- ¿Y si guardásemos una continencia perfecta en nuestro matrimonio? ¿Por qué no, si contamos con la fuerza de Dios? Nos amaremos tiernamente, pero nuestros cuerpos serán vírgenes para el Señor?...

Muy fuerte era el propósito. Pero, confiados en la gracia, así lo quisieron y así lo hicieron. Vivieron largos años, y aquella unión supo conjugar el amor humano más intenso con una vida más del cielo que de la tierra. El caso es que, cuando les llegó la muerte al uno y a la otra, fueron sepultados en lugares distintos y muy distantes entre sí.

Pero aquí vino el prodigio. Van a visitar uno de los sepulcros, ¡y la tumba había desaparecido! Van a la otra, ¡y allí que se había trasladado la anterior!... Las abren, y encuentran los dos cadáveres, estrechamente unidos, y diciendo en su silencio:

- ¿Por qué nos quisieron separar? Hemos estado tanto tiempo juntos, ¿y nos quieren desunir?

Bossuet, con toda su autoridad, dice que leyó esta historia en los escritos del Obispo San Martín de Tours, el cual asegura que la gente denominaba aquellas tumbas *Los sepulcros de los dos amantes*.

Bueno, yo no sé si esto es historia o es un cuento. Pero no podemos negar que, cuento o historia, nos dice mejor que muchos discursos lo que es la esencia del matrimonio bendito: la unión más estrecha, más amorosa, más cariñosa e irrompible de dos corazones. Dios venía a confirmar con un milagro tan encantador su misma palabra: *Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre*.

Hoy hablamos del matrimonio hasta la saciedad. Pero, ¿cómo se habla de él?

Muchas veces —fuera de la Iglesia— se hace en unos tonos del todo desafinados, porque no se mira en el matrimonio sino la ocasión para disfrutar del placer sexual sin estorbos, ordinariamente sin legalidad que defienda la estabilidad de la unión, y sin ninguna obligación que frene los deseos más disparatados...

Nosotros, con sentido cristiano, agradecemos a Dios toda la satisfacción —tan legítima, tan pura, tan bella— que ha encerrado en la institución matrimonial. Pero queremos el matrimonio tal como lo ha ideado el mismo Dios, plenamente convencidos de que sólo en la observancia del querer de Dios se encuentra la dicha en que pueden soñar los casados.

Dios ha querido, ante todo, el *amor* entre los esposos. Es lo que nos ha dicho la historia o el cuento transmitido por esos grandes Obispos franceses. Allí no hubo ni unión de cuerpos ni hijos que perpetuaran el hogar. Y, sin embargo, abundó en grande la felicidad dentro de aquel matrimonio porque abundó tan copiosamente el amor.

Por eso, cuando hoy se ve tan amenazado el amor en el matrimonio a favor de un placer sexual sin barreras, lo primero que nos preocupa es defender el amor a toda costa. Y temblamos cuando entre el amor de los dos quiere terciar otro amor intruso.

Viene después la *estabilidad* de la unión, hoy día tan atacada por la manía del divorcio. En nuestros días, el divorcio se está convirtiendo en moda inaceptable del todo. La palabra de Jesucristo es tajante, y la Iglesia no puede ceder, no cederá nunca, porque tiene que ser fiel a un mandato tan categórico del Señor.

Nadie nos obliga a aceptar las revelaciones particulares, pero las famosas apariciones a los seis videntes croatas son tenidas muy en cuenta. En una de ellas, muy en particular, la Virgen revelaba cómo el demonio había declarado guerra implacable a la unión conyugal metiendo el divorcio en los matrimonios.

Prescindiendo de esas revelaciones, una cosa es cierta: que para el enemigo es un triunfo tremendo la destrucción del matrimonio. Los males que de ello se seguirán a la sociedad y a la Iglesia son imprevisibles, si es que ese mal se convierte en una costumbre aceptada como cosa normal.

San Francisco de Sales, otro Obispo francés moderno, nos dice con una comparación muy suya lo que es la unión de los esposos:

- Cuando se encolan dos pedazos de madera de pino uno con otro, si es buena la cola, queda tan firme la unión que primero se partirá la madera por otras partes que no por la pegadura. De igual modo, como Dios une con su propia sangre el marido a la mujer, se hace tan firme la unión, que antes se ha de separar el alma del cuerpo del uno o de la otra, que no el marido de su mujer.

Con la observancia de estas dos normas establecidas por Dios, ¿es la vida conyugal más feliz o menos feliz que la proclamada por la sociedad actual, laica y alejada de Dios?...

Un matrimonio no del siglo cuarto, como el de la historia o del cuento, sino de nuestros días, y con una esposa que va para los altares (Dorotea de Chopitea) nos da este testimonio. El esposo le dice a uno de los nietos:

- Muy pronto se cumplirán cincuenta años de nuestro matrimonio, verdaderas bodas de oro: pues he de confesar que desde el primer día de nuestro enlace, ha ido creciendo el amor y cariño que le profesaba a ella, sin decaer un solo momento, antes apreciando cada día más sus sólidas y cristianas virtudes.

¿Felicidad en el matrimonio? No hay nadie que no la quiera y no la busque. Es el deseo más íntimo y más legítimo que Dios ha impreso en la naturaleza. Y tenemos segura esa felicidad si nos atenemos al plan de Dios, que sabe cómo hizo las cosas...